

Nueve verdades (amargas) sobre la corrupción

La corrupción política, la corrupción detectada en el mundo político, es la causa principal de la crisis de agotamiento social que padece España. En medio de una caída económica inacabable que ha arruinado centenares de miles de vidas profesionales, la corrupción ha producido el efecto de la carcoma. No se encuentra ya a nadie que no atribuya a esta práctica miserable la culpa de la definitiva desmoralización pública. Hay una coincidencia social unánime en que este abuso de poder es un riesgo para la convivencia. Es evidente. La corrupción, sobre todo la corrupción no reprimida, mina la confianza popular en el sistema e invita a menospreciar la ley y, lo que es peor, las más elementales normas de la convivencia. Es un cáncer social que se puede vencer sólo si se le ataca oportunamente.

¿Estamos aún a tiempo en España de poner remedio a la corrupción y a sus desquiciantes efectos? La necesidad de mantener la esperanza nos obligará a responder que sí. La corrupción ha causado estragos entre los políticos y entre los electores y la crisis no admite minutos de demora. O se ataja ya, duela a quien duela, o lo lamentaremos durante años. La lucha contra la corrupción es la ceremonia que el pueblo quiere contemplar antes de dar la espalda a los políticos que lo han traicionado. Los políticos son los primeros a quienes corresponde poner remedio —los tribunales actúan si no se les impide su trabajo— y es de desear que sin ceramente lo intenten: por el bien de todos y, en especial, de ellos mismos. Porque la corrupción comenzó por culpa de los políticos y nos ha invadido por su dejación. Veámoslo.

1. La corrupción arranca de algunas prácticas políticas irresponsables. Aunque a veces finjan que no va con ellos, la corrupción tiene su origen en determinadas prácticas colectivas inconfesables. Uno de los motivos de la corrupción ha sido la financiación ilegal de los partidos. El "caso Filesa",

**JUSTINO
SINOVA**

« La corrupción, sobre todo la corrupción no reprimida, mina la confianza popular en el sistema e invita a menospreciar la ley y, lo que es peor, las más elementales normas de la convivencia.»



que se trata de tapar, no es más que el intento de allegar fondos para el Partido Socialista mediante un chantaje basado en el peso del poder. La oscuridad que ha protegido siempre las cuentas de los partidos y la necesidad irresponsable que han sentido éstos de embarcarse en cuantiosos dispendios para mantener sus enormes aparatos burocráticos y sus exageradas campañas impulsaron la urgencia de obtener recursos donde los hubiera. Esta práctica de perseguir dinero tiene un origen que no se puede desconocer: durante el último franquismo y durante la transición a la democracia, los partidos históricos gozaron de ayuda económica del exterior. Es algo que ya nadie puede negar; está incluso escrito por los protagonistas: Willy Brandt confirma en sus memorias que el SPD alemán ayudó económicamente al PSOE. Entonces se fingió, todos de acuerdo en desconocer el tráfico de dinero, en no indagar cómo llegaba, por las especiales circunstancias históricas. Pero la atención estuvo adormecida después, cuando la financiación pudo organizarse con las cartas boca arriba y pese a disponer los partidos de abundantes subvenciones procedentes del Estado. Aquello fue caldo de cultivo para instaurar una de las prácticas de la política del "todo vale", método perverso que ha arruinado gran parte de la confianza popular en sus representantes públicos.

2. La corrupción no es general, pero se halla instalada en muy altas esferas políticas. No puede decirse, en efecto, que todos los políticos españoles sean corruptos. Por el contrario, se puede convenir con González en que la inmensa mayoría de la clase política es honrada. Lo que desalienta —y no cabe duda de que alimenta la sospecha— es que los principales casos conocidos hayan sido protagonizados por altos funcionarios del partido gobernante o por altos responsables políticos: el aparato del PSOE en el "caso Filesa", el gobernador del Banco de España, el director general de la Guardia Civil, la directora del Boletín Oficial del Estado, el Ministerio del Interior en el uso indebido de los fondos reservados, el presidente de Renfe... Es una corrupción selectiva y, por ello, podría no ser tan excepcional. Estos casos de corrupción invitan a pensar en la corrupción de los segundos y terceros escalones y, en todo caso, en que ha prosperado porque ha encontrado el ambiente adecuado para ello.

3. Felipe González fue incapaz de poner remedio a la corrupción cuando debió hacerlo. Los episodios de corrupción han provocado más la alarma de los ciudadanos, de los medios de comunicación y de la oposición que del poder político. Ha habido una culpable inhibición del presidente del Gobierno y secretario general del Partido Socialista. En un primer momento, Felipe González y el PSOE reaccionaron negando la anomalía (la defensa que González hizo de su segundo, Alfonso Guerra, y la que presidente y partido orquestaron del gobernador del Banco de España, Mariano Rubio); en un segundo paso, González prometió remedios y se encontró con la discordia de su partido (se obligó públicamente, por ejemplo, ante los estudiantes de la Universidad Autónoma de Madrid, a cortar cabezas y terminó bajando la suya ante el aparato del partido); por fin, a la tercera, ha reconocido la vulneración (y ha entregado, por el momento, las de Rubio y Luis Roldán). Ha tardado demasiado. Si hubiera reaccionado a tiempo —por ejemplo, investigando en serio a Mariano Rubio cuando se insistía en su honradez—, hoy no lamentaríamos la expansión de este veneno desestabilizador. Cuando se le pide que responda de la

« El "caso Filesa", que se trata de tapar, no es más que el intento de allegar fondos para el Partido Socialista mediante un chantaje basado en el peso del poder. »

« Ha tardado demasiado. Si hubiera reaccionado a tiempo, hoy no lamentaríamos la expansión de este veneno desestabilizador. »

corrupción no sólo se le está exigiendo una réplica política — es políticamente responsable de lo que hacen sus colaboradores— sino que también se le está atribuyendo una parte de culpa, que no es poca.

4.El PSOE ha perdido una oportunidad histórica de limpiar la vida pública.

Vinieron enarbolando la bandera de la ética. Se presentaban como los delegados legítimos de una generación limpia. Alfonso Guerra prometía unas "auditorías de infarto", insinuando que la vida política estaba invadida de suciedad. Eran colosalmente injustos cuando aludían a la gestión de la UCD de Adolfo Suárez, que fue un paréntesis de generosidad, pero se hacía la salvedad de entender el impropio como referido al franquismo precedente. La promesa de establecer un "estilo ético" animó la esperanza de muchos españoles y llenó las urnas con votos para el PSOE. Pero todo, fue, lamentablemente, un episodio de marketing. Los atentados de corrupción que hemos conocido —comisiones por contratos con la Administración, enriquecimiento personal ilícito— son la esencia de la tradicional y más tirada corrupción del poder. Hoy se presenta ante nuestros ojos la etapa socialista como una oportunidad perdida, oportunidad histórica de encarrilar la vida pública por comportamientos de normalidad y de ganar la confianza de los ciudadanos. La expresión "son como todos", que se usa popularmente por referencia a los socialistas de las promesas, compendia el fracaso innegable y lamentable.

5. La corrupción es inherente a la gestión política, pero eso no es una disculpa válida. Se ha repetido cuando más arreciaban las noticias sobre corrupción el argumento de que las irregularidades de este tipo son habituales en el desempeño de la política. Eso es como decir que el hombre es pecador. Explica el pecado pero no lo justifica. Y desde luego, no es una disculpa que exonere de responsabilidad a quien debe impedir la corrupción, poner remedio a la fechoría y pedir cuentas a los culpables. Comparar la actual corrupción con la del franquismo es un intento vano. Entonces, los medios de comunicación no disponían de la autonomía necesaria para desvelar el secreto de los negocios sucios y es sólo el régimen democrático el que se halla en disposición de solucionar los problemas de este tipo. La corrupción en tiempos del franquismo no puede ser en ningún caso una excusa de la corrupción actual, como tampoco puede serlo la de otros países. Quitar importancia a nuestro problema porque el de Italia es muchísimo mayor no puede ser más que una patochada sin sentido, un intento inútil de negar la evidencia.

6. La corrupción es un atentado a la confianza popular depositada en los políticos. Lo grave de la corrupción en democracia es que lesiona el contrato formalizado por los políticos con el pueblo soberano, por el cual aquéllos se comprometen a trabajar para solucionar los problemas públicos y procurar la felicidad de los ciudadanos. Los servidores públicos, que eso son los políticos, ofenden directamente a los ciudadanos cuando incumplen sus obligaciones, malgastan su dinero cuando lo administran mal o se lo hurtan cuando lo desvían del fin público establecido. Cuando un funcionario se enriquece a costa del dinero del Presupuesto, lo hace a costa de todos y cada uno de nosotros, y cuando se enriquece abusando de la información que maneja por razón de su cargo, lo hace con engaño de la ciudadanía. En democracia, la corrupción es doblemente perniciosa, porque también supone un grave atentado a la confianza popular de muy difícil reparación. Cuando la gente —harta de contemplar abusos, desmoralizada— da la

espalda a los políticos, se rompe el clima de relación necesario para que el consenso democrático prospere.

7. Si no se pone eficaz remedio, la corrupción acaba afectando al corazón del sistema. La democracia puede luchar eficazmente contra la corrupción, no para evitarla, que a veces es imposible, pero sí para exigir la responsabilidad correspondiente al corrupto. Por ello, no poner remedio es también un atentado al sistema, porque se le hace ineficaz. La corrupción impone a los políticos la obligación de investigar (cosa que no se ha hecho suficientemente en España: se prometió indagar las cuentas del gobernador del Banco de España sin que el aparato del Estado haya sido capaz de encontrar en dos años lo que un periódico, "El Mundo", ha venido a demostrar) y la obligación de pedir cuentas a los corruptos (lo que se está intentando a toda prisa ahora, cuando la marea de la indignación popular amenaza con anegar el palacio de la Moncloa). Las dimisiones ocasionadas por la corrupción (Alfonso Guerra, García Valverde, Guillermo Galeote ...) se han disfrazado de renunciadas basadas en razones diversas, con lo que no han tenido la contundencia necesaria para mostrar a los ciudadanos que se estaba luchando contra la práctica escandalosa. La batalla planteada a la corrupción ha sido hasta ahora tímida e ineficaz, como unos fuegos artificiales para entretener el graderío, en línea con la tesis oficial: la corrupción era escasa, prácticamente anecdótica, exagerada por los medios de comunicación. Este cerrar los ojos para cerrar bien las filas del partido ha prolongado irresponsablemente la infracción y ha hecho mucho daño.

8. La corrupción también ha roto al Partido Socialista. En dos sentidos ha afectado la corrupción política al PSOE. Por un lado, ha reducido su credibilidad pública. Las encuestas demuestran que muchos votantes socialistas han truncado su perseverancia ofendidos por la lenidad del aparato del partido y el Gobierno con la corrupción. La táctica de mirar para otro lado como si no fuera con ellos ha dado el resultado contrario al perseguido. Muchos tienen la sensación de que se ha protegido a algunos corruptos. Por otro lado, ha dividido al partido. El "caso Filesa" conmocionó los interiores del PSOE, dividido entre quienes querían ofrecer a la opinión pública las cabezas de los culpables y quienes propugnaban una solución interna. Ganaron éstos, pero quedó la herida abierta. Últimamente se han tomado la revancha pidiendo la caída del valedor de Mariano Rubio, Carlos Solchaga, portavoz en el Congreso. La crisis que ha invadido el PSOE no tendrá remedio hasta que el partido vuelva a la oposición y replantee el equilibrio interno y la estrategia pública.

9. La Prensa ha realizado una impagable labor al desvelar la corrupción, pero ha estado sola en su tarea. La Prensa ha desarrollado una de las funciones básicas que espera de ella la sociedad en un sistema democrático: la denuncia del delito, del abuso, del incumplimiento del deber. Todos los casos de corrupción se han conocido gracias a determinados periódicos (la radio y la televisión, por sus características, han cumplido una tarea de rebote), y de tal modo, con su escrutinio constante, la Prensa ha mantenido viva la atención popular por el recto desempeño de la función pública. La satisfacción por la salud de la Prensa no puede ocultar la preocupación que origina el que se haya encontrado sola en esta tarea. La oposición no ha podido organizarse aún para llevar a cabo la necesaria labor de investigación que le permita ejercer un estrecho control sobre el Gobierno. Preocupante es también que los órganos

«Lo grave de la corrupción en democracia es que lesiona el contrato formalizado por los políticos con el pueblo soberano, por el cual aquéllos se comprometen a trabajar para solucionar los problemas públicos Civil.»

« La oposición no ha podido organizarse aún para llevar a cabo la necesaria labor de investigación que le permita ejercer un estrecho control sobre el Gobierno.»

judiciales y los organismos de vigilancia de la acción del Gobierno no hayan sido capaces de descubrir las graves anomalías que ha revelado la Prensa: ni Hacienda destapó la cuenta secreta de Rubio, ni el Ministerio de Interior se dio por enterado de la incorrecta contratación que realizaba Roldan, ni el Tribunal de Cuentas detectó irregularidades en la financiación de los partidos. Sin la labor de la Prensa, tendríamos la sensación de vivir en el mejor de los mundos. Esto significa que en el Estado hay muchos desperfectos que arreglar y que sin la reparación adecuada la lucha contra la corrupción será necesariamente lenta e incompleta. A fin de cuentas, la gran verdad de la corrupción es que hay que ponerse manos a la obra para erradicarla, lo que pasa por la condena de los corruptos confirmados. El mayor error de un político es tapar la corrupción. El mayor error y la mayor agresión a su gente. En las últimas semanas, la actitud oficial frente a la corrupción ha cambiado diametralmente de puertas afuera. Las cabezas de Roldan y Rubio están rodando, entregadas al pueblo para contener su cólera. La de Solchaga se tambalea y puede caer también. Han tenido la mala suerte de que el poder haya decidido reaccionar. ¿Será una reacción suficiente, capaz de ofrecer satisfacción a los indignados? Imposible saberlo cuando el Gobierno ha dado tantos rodeos y ha dejado tanto en el secreto. Pero algo está ya, a estas alturas, muy claro: que la corrupción es un escándalo irritante y provocador que ha enardecido los ánimos; que ya no caben medias tintas; y que la siguiente víctima a inmolar, si no se pone remedio, será el propio líder del PSOE, señalado ya inequívocamente como el culpable final de unas prácticas que avergüenzan.

*Diputado en Cortes. Ex Ministro de Interior.